



Las Tierras de Meed, unas tierras,
en su mayor parte, aún por descubrir;
unas tierras que se extienden más allá
de las fronteras que la mayoría
de las razas conoce.

Esta historia nace en un recóndito
y minúsculo punto de esos territorios.

Ese entrañable lugar se llama Taseiw,
una pequeña aldea situada
en el norte del Continente de Oxit.



El paraíso perdido

Lenta, pero inexorablemente, aquella gran esfera de fuego, que hasta poco tiempo antes había caldeado las montañas, se hundía entre los rescoldos de ese día. Aún iluminaba la alta bóveda celeste y las extensas praderas, pobladas por altas hierbas. Las sombras de los árboles se estiraban hasta perderse entre la espesura, mientras una fresca brisa anunciaba la retirada del Sol.

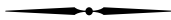
En la ladera, dos pequeñas mariposas revoloteaban, acercando sus bellas alas, trazando gráciles círculos en su apacible vuelo, mostrando sus alegres colores: azul una; verde la otra. Los no menos alegres ojos de los dos pequeños mostraban las mismas tonalidades. Noak lucía unos enormes ojos verdes; Nais apenas dejaba ver el profundo azul de su sesgada mirada.

La pequeña Noak jugaba, correteando por los montes junto a su inseparable compañero. Desde que nacieron, sus vidas habían llevado rumbos paralelos.

El padre de Nais había muerto en una aciaga batalla contra las hordas de orcos que se extendían por aquellos años a lo largo de gran parte del continente. Tras de sí dejó a una esposa embarazada. Nais nunca lo conoció.

Noak era fruto de una violación. Su madre, Muna, fue apresada por otro grupo de orcos que la llevó a la ciudad para venderla como esclava. Su infortunio la llevó a ser violada por el hombre que la había comprado para salvarla de las salvajes criaturas. Después de aquel terrible suceso, Muna escapó a las montañas. Tras varios meses de camino, se unió a una caravana y llegó a la aldea de Taseiw. En invierno de ese mismo año nació su hija, Noak, resultado de la violencia y del dolor. La pequeña tampoco conoció padre alguno.

Pero sus vidas se asemejaban en otro pequeño detalle: Noak y Nais habían nacido el mismo día, y a la misma hora. A partir de entonces, se habían convertido en uña y carne.



Ahora corrían alegres entre los arbustos, ajenos en su inocencia a los sufrimientos de sus madres, mientras contemplaban desde la montaña la hermosa

aldea de Taseiw, al pie de aquella ladera cubierta de un manto dorado, ahora que el otoño comenzaba a querer entrar en la región.

Taseiw, rodeada por una discreta empalizada que la protegía de indeseables, poseía una belleza que a nadie pasaba inadvertida. Sus pequeñas cabañas de madera y broza se diseminaban dentro de aquel cerco de defensa, moteado de árboles y flores, de animales de compañía y bestias de labranza.

Cerca de doscientos colonos conformaban su población; la mayoría de ellos, simples granjeros, que llevaban ya varios días recogiendo sus cosechas. Las mujeres charlaban entre sí mientras adornaban la pequeña plaza y las ventanas de sus cabañas, pues esa noche se celebraba el mayor —por no decir el único— acontecimiento del año: la Fiesta de la Cosecha. Una veintena de niños correteaban por las calles, confiriendo a la aldea una chispa de alegría. Algunos caminaban cogidos a las faldas de sus madres, mirando con descarada curiosidad los arrugadísimos rostros de las ancianas de Taseiw, aldea conocida por la longevidad de sus mujeres.



El rojo fruto de un arbusto se estrelló contra la mejilla de Noak.

—¡*Aujj!* ¡Será bruto! Te vas a enterar —gritó, cogiendo dos enormes piedras del suelo.

—¡No, Noak, no! ¡Lo siento! —una de las piedras rozó la cabeza de Nais, que corría sin parar de reír—. ¡Socorro! ¡Me persigue una niña con la cara roja!

La chiquilla soltó la otra piedra y, frunciendo el ceño, corrió con todas sus fuerzas. Siempre había sido muy ágil —más aún que Nais— y no le costó darle alcance y lanzarse a sus pies para apresarlos entre sus brazos. Nais cayó de bruces. Cuando se giró, su enojada cara estaba cubierta de tierra mojada. Ambos se echaron a reír a carcajadas.

—Vamos, quiero ver los preparativos para la fiesta de esta noche —dijo Noak, levantándose y echando a correr ladera abajo, hacia la aldea, mientras el viento mecía los negros bucles de sus cabellos.

Nais la observó, sonriendo, con el rostro aún cubierto de tierra. Luego se levantó de un salto y echó a correr tras ella. La crecida hierba les llegaba casi hasta las caderas, pero los resueltos niños conocían cada piedra de aquella montaña, y corrían a ciegas, sin temor alguno.

En pocos minutos llegaron a la aldea, aún riendo, y atravesaron la estrecha calle principal, donde el frenesí se había apoderado de los aldeanos.

Los hombres traían las carretillas llenas de cereales y los amontonaban —cada uno en una parcelita propia— delante de la Casa del Recaudador; una costumbre mediante la cual intentaban racionar las cosechas y los excedentes para épocas de escasez. Las mujeres colocaban los últimos adornos en las calles y preparaban las mesas de la plaza, abarrotándolas de ricos manjares y espumosa cerveza.

Noak corrió hasta su madre y comenzó a dar vueltas a su alrededor.

—Mamá, ¿falta mucho? ¿Cuándo empieza el baile? —preguntó, desesperada—. Yo ya tengo doce años, ¿puedo beber cerveza?

—Noak, Noak, déjame terminar. Ya falta poco. En menos de una hora, el señor Konte dará el pregón que anuncia el comienzo de la fiesta... ¿Pero dónde has estado? Tienes la cara toda manchada. Ya hablaré yo con Nais más tarde —la regañó. Sin embargo, no pudo evitar sonreír al contemplar el rojo semblante de su hija. La cogió en brazos y empezó a darle vueltas, riendo—. Este año la cosecha ha sido excelente. Vamos a tener un buen invierno. Y quizás, cuando llegue la primavera, podamos viajar con la Caravana del Oeste a la bella ciudad de Lewinem.

—¿De veras? ¿Y veremos la Muralla de las Batallas Olvidadas?

—Y veremos la Muralla de las Batallas Olvidadas.

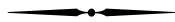
—¡Síííí! —en cuanto la madre puso a Noak en el suelo, la niña salió corriendo en busca de su fiel compañero—. ¡Nais! ¡Tengo que contarte algo!

Muna sonrió, ausente. Su mente navegaba, inmersa en la leyenda de Lewinem. Se decía que la ciudad era antiquísima; anterior incluso a la Gran Migración. De sus murallas se contaba que no había construcción alguna en todo el Continente de Oxit más espléndida que aquella. Habían sido edificadas por diestros enanos que trabajaron durante muchos años, esculpiendo en su piedra a los participantes de las Batallas Olvidadas con un realismo sublime, sobredimensionando las esculturas. La disposición de las grandes estatuas estaba hecha de tal manera que los personajes rodeaban la ciudad, cincelados en relieve en la propia muralla, representando las batallas libradas en tiempos muy remotos, escenificando unas luchas legendarias que enfrentaron a un nutrido contingente de enanos y humanos contra las numerosísimas hordas de orcos que poblaban en esa época aquellas tierras, sembrando el terror. El gran rey enano Umas *El Defensor* ordenó construir aquellas murallas, no como medio de defensa, pues los orcos habían sido aniquilados, sino en memoria a los millares de guerreros que habían perecido en aquella sangrienta guerra. Los enanos abandonarían aquel lugar un siglo más tarde, incapaces de entenderse con los humanos. La figura sobredimensionada del rey enano, ataviado con su atuendo de batalla, y

sosteniendo entre sus manos una enorme hacha de doble filo, quedó grabada para la posteridad entre aquellas fieles y vívidas representaciones.

Noak pasó por delante de la tarima, corriendo, con su inseparable amigo Nais persiguiéndola. Muna, su madre, observando a la pequeña correr tan feliz e inocente, no pudo evitar recordar los oscuros acontecimientos que llevaron al nacimiento de su hija. Mientras se miraba las marcas que surcaban sus muñecas, por su mente cruzaron, como imborrables episodios, las imágenes de su captura, de su subyugación, de su venta como esclava, de aquella terrible violación, de aquel repugnante olor, de aquella mirada inhumana... Sus ojos se nublaron de lágrimas, por lo que la mujer se obligó a volver a su aldea, distanciándose de aquellos lejanos años que sólo quería olvidar.

Nuevamente, esbozó una sonrisa de satisfacción mientras contemplaba a su dulce hija. A su alrededor ya casi estaba todo listo. Frente a la plaza había una pequeña tarima, donde sería dado el pregón de la Fiesta de la Cosecha.



La tarde caía lentamente. Finos hilos de nubes anaranjadas rasgaban el cielo. El fresco viento del atardecer acariciaba los árboles de la plaza y les arrancaba, con eterna paciencia, una tras otra, sus viejas hojas. Todo indicaba que la noche iba a ser larga y bulliciosa.

—¡Queridos aldeanos de Taseiw! —gritó el pregonero poco más tarde—. Quisiera, antes de nada, darles la bienvenida, un año más, a... ¡la gran Fiesta de la Cosecha! —desde su tarima, esperó a que acabasen los aplausos—. Este año hemos tenido una excelente cosecha. Nuestros esfuerzos han dado su fruto y la naturaleza ha sido generosa con nosotros. Desde hace doce años, venimos celebrando este gran día. Nuestra aldea ha crecido, paso a paso, y la hemos convertido en un hermoso lugar donde vivir —nuevos vítores resonaron por la plaza—. Esperemos que este año haya más nacimientos para que nuestra población siga creciendo. Les recuerdo que ésa es la única manera de convertirnos algún día en un gran pueblo. No creo que tenga que explicarles cómo se consigue eso... Ya me entienden —esta vez las risas se mezclaron con los vítores—. Amigos, sé que estáis ansiosos por refrescaros las gargantas, así que... ¡disfrutemos de la Fiesta de la Cosecha!

La música comenzó a sonar y la gente se lanzó a las mesas. Las jarras de cerveza golpeaban unas contra otras, derramando su blanca espuma entre las manos de los comensales. Aquí y allá, las bandejas repletas de carne y dulces hacían las delicias de los hambrientos campesinos.

Poco después comenzó el baile. Noak, con su gran vestido blanco volando a su alrededor, bailaba con su amigo Nais, mientras, de reojo, observaba atenta cómo un aldeano alto y robusto flirteaba con su madre, la cual fingía indiferencia. Los niños corrían entre los adultos que bailaban, riendo y gritando, con las bocas llenas de comida y las manos preparadas con el resto del bocado.

Fue aquélla, como prometía, una noche larga y alegre. Pocos aldeanos no terminaron totalmente borrachos, tendidos junto a alguna mesa o arrastrados a casa por sus mujeres, casi tan ebrias como ellos.

—Doy por ¡hip! clausurada la Fiesta ¡hip! de la Cosecha —consiguió balbucear el pregonero desde el suelo, intentando ponerse en pie, antes de esconder la cara entre la hierba.

La aldea quedó, poco a poco, sumida en el envolvente silencio de la fresca noche. Tan sólo los sonoros ronquidos de algún que otro campesino que dormía entre los jardines y las risas apagadas de los dos soldados que hacían el turno de guardia rompían aquella quietud.

Oig y Fed habían bebido demasiado, y ahora se sentaban juntos en una pequeña torreta de vigilancia, espalda contra espalda, bajo la única antorcha que quedaba encendida en la aldea. Los dos soldados reían tras cada frase que pronunciaban, sin apenas fuerzas para mantener los párpados abiertos. Pocos minutos más tarde, Oig comenzó a roncar estrepitosamente. Fed, con los ojos cerrados, frunció el ceño. Con gran esfuerzo, consiguió levantar un solo párpado, en un intento de cumplir con su función como centinela.

En ese preciso momento, una pequeña y fluctuante luz fue acercándose desde lo lejos, trazando una trayectoria elíptica en el cielo oscuro. Cuando Fed se dio cuenta de lo que era, ya era demasiado tarde. Sin darle tiempo a reaccionar, la flecha ardiendo se le clavó en el pecho, ahogando sus gritos de alarma en un quedo gorgoteo.



Aquella noche pareció como si mil estrellas fugaces surcasen el cielo, iluminándolo, para ir a estrellarse directamente contra la aldea. Cientos de flechas ardiendo se clavaban en los graneros, en los establos, en las viviendas...

El crujido de uno de aquellos proyectiles al chocar contra la madera de la puerta de la casa de Noak despertó a la pequeña.

—¿Mamá? —su corazón comenzó a latir con fuerza, como si intentara escapar de su pecho. Presentía que algo malo iba a ocurrir. En ningún mo-

mento imaginó siquiera el significado de aquella noche—. Mamá, ¿qué ha sido eso?

La madre de Noak ya estaba levantada y, sin perder un instante, se acercó a la ventana. Parecía que sus ojos se le querían salir de las órbitas. La pesadilla se repetía.

—¡Rápido, Noak, sal de la cama! ¡Ya!

Fuera, los aldeanos que no estaban del todo inconscientes corrían por las calles, sin rumbo, gritando y tratando de ponerse a salvo de los proyectiles y del fugo de las casas. El silencio de la noche se había transformado en una ensordecedora barahúnda: el crepitar de la madera ardiendo, los gritos de los hombres, el zumbido de las flechas, los lamentos de agonía de los heridos, y... ese sordo y atronador golpeteo rítmico contra la compuerta de la empalizada defensiva de la aldea.

Cuando Noak y su madre salieron de entre las llamas de su hogar, la puerta de la muralla cedió estrepitosamente. El afilado extremo del tronco de un árbol asomó entre sus maderas. Junto a aquel ariete aparecieron las horribles caras, deformes de excitación, de los primeros orcos que se adentraban en la aldea entre escalofrantes bramidos que se suponían risas. Noak se agarró con fuerza a la cintura de su madre. Los orcos entraban en tropel y aniquilaban sin piedad a todo aquel al que daban alcance. Los aldeanos no estaban preparados para aquello y no tuvieron tiempo de defenderse. La noche se convirtió en una atroz carnicería.

Junto a una de las cabañas, un hombre robusto apareció con su espada de doble puño y envistió contra un grupo de tres orcos. Al primero le cercenó la cabeza sin que éste atinase a saber siquiera quién le robaba su último aliento. Luego giró sobre sí mismo y clavó su espada en el estómago del segundo orco, que gritó, desesperado. No tuvo tiempo de arrancar la hoja del vientre de su oponente; una flecha atravesó de lado a lado su garganta. El hombre soltó la espada y se llevó las manos al cuello, vomitando sangre. Sus piernas cedieron y cayó de rodillas. En ese momento, el tercer orco le hundió su mellada espada en el cráneo, con una horrenda mirada de odio.

Noak no pudo evitar soltar un grito al ver aquella escena, atrayendo la atención de ese mismo orco. La bestia, con una diabólica sonrisa en su repugnante rostro, se dirigió hacia ellas. Muna la ocultó tras de sí, protegiéndola. Con sus amarillentos ojos inyectados en sangre, el monstruoso ser levantó la espada para arremeter contra ella y su hija. Sin embargo, en ese preciso instante, la punta de otra espada asomó por el pecho del orco. Éste gritó, retorciéndose de dolor. La hoja salió de su cuerpo y el orco, en su último suspiro

de vida, se giró para ver la cara de su verdugo. Sus cejas se enarcaron en un rictus de incredulidad al ver a un pequeño niño con una espada ensangrentada en sus manos.

—¡Corred, Noak! ¡Tú y tu madre! Yo los mantendré a raya —gritó Nais, con la cara manchada del negro hollín producido por el fuego. Luego se giró, tembloroso, pero con el valor de un gran guerrero, y comenzó a trazar surcos en el aire con la espada de su padre, un arma que años atrás había derrotado a hordas enteras de orcos furiosos; una espada que, como sucediera ya en manos de su progenitor, aquel día también había cambiado el curso de la historia.

—¡No, Nais, no! ¡Ven con nosotras! —gritó Noak. Pero su madre le agarró la mano y comenzó a correr, cegada por la única idea de salvar a su hija de lo que ella misma, un día, hacía muchos años, había sufrido. En medio de la carrera, la niña giró la cabeza, con lágrimas corriendo por sus mejillas, en un intento desesperado por hacer que Nais las siguiera, pero ya era demasiado tarde. Una flecha se clavó en el hombro del muchacho, obligándolo a soltar la espada y haciendo que cayese de espaldas contra una casa en llamas, que se derrumbó sobre él.

—¡Nais! ¡Nais!

Los orcos continuaron su devastador avance por la aldea, convirtiendo el terreno a su paso en un cementerio púrpura. Por la puerta trasera de la muralla del poblado comenzaron también a entrar numerosos orcos que se lanzaban sin misericordia sobre sus desesperadas víctimas.

La madre de Noak cogió un leño, con el que golpeó a la primera bestia que se les cruzó. Consiguió dejarla inconsciente en el suelo y continuaron corriendo. ¿Pero hacia dónde? La aldea en sí, rodeada por aquella empalizada que pretendía protegerlos, era una trampa mortal. No tenían por dónde escapar a campo abierto, pues las murallas sólo permitían la salida por los portones que se encontraban en la cara este y oeste; los mismos por donde entraban en esos momentos decenas de orcos.

Y entre ellos apareció uno muy diferente a los demás. Dòriten era el orco más robusto de toda la región. Sus contiendas lo habían llevado a erigirse en jefe de un gran clan, al que cada día se unían más y más bestias. Su corpulencia casi doblaba a la de un hombre, y sus brazos tenían una fuerza capaz de doblegar a varios de los de su propia raza a la vez. Una enorme cicatriz cosida le cruzaba el rostro, donde dos afilados colmillos inferiores sobresalían de su prominente mandíbula. Dòriten sólo veía por un ojo, ya que la cicatriz le pasaba por encima del otro, provocando que un velo blanquecino le impidiese la visión. Ataviado con una tosca armadura, al igual que la ma-